

tirpe y una justicia superior á las combinaciones políticas; haciéndonos á todos hermanos, destinados á trabajar juntos en el destierro, para obtener el restablecimiento de la armonía destruida por la primera culpa. Ya David celebró esta armonía comun en la oracion y en la ley cantando: «El Señor es bueno para todos los hombres, y su misericordia se difunde á todas las obras; y su reino abraza todos los siglos y generaciones (Salmo CXLIV). Pueblos de la tierra, elevad á Dios voces de alegría, cantad himnos á su nombre, celebrad su grandeza con cánticos; decid á Dios: *Toda la tierra te adorará cantando la santidad de tu nombre.*» Pueblos, bendicid á vuestro Dios, haced sonar en todas partes sus alabanzas: sean, oh Señor, tus oráculos, conocidos de toda la tierra y extiéndase á todas las naciones la salud que de tí hemos recibido. (Salmo LXVI). Todo aquel que teme y observa tus mandamientos me tiene por amigo y por hermano (Salmo CXVII). Los pueblos unidos á sus señores no forman más que una sola familia para adorar á Dios (Salmo CI). Todo espíritu alabe al Señor (Salmo CL.)»

## CAPITULO XI.

### INDIOS.

#### Nociones generales.

Al abrigo de las montañas más altas del globo, que vienen á morir en fértiles y amenas colinas, está situada la India, teniendo por una parte el espectáculo del Océano y por otra el del Himalaya, vivificada por miles de arroyos y de grandes rios, en cuyas márgenes el sol vigoroso madura toda clase de frutos deliciosos no sembrados por manos de hombre. Innumerables rebaños pacen en inmensas praderas siempre verdes, que poco á poco van declinando hasta el mar, el cual, insinuándose entre la tierra, multiplica las bahías para los navegantes, que desde los tiempos más antiguos acuden á dejar su dinero, en cambio de las mercancías con que la naturaleza dotó privilegiadamente á aquel su país predilecto. Hasta cinco cosechas se recogen anualmente en las llanuras; y las colinas vestidas de palmas, de ananas, de árboles de canela y de pimienta, de vides, de rosas

perennes, tres veces ven madurar los frutos más exquisitos.

Pero al lado de tantas delicias levántanse hasta el cielo peladas rocas, entre las cuales más de veinte superan en altura al Chimborazo, mientras que por otras partes se estienden llanuras de arena cuyos desiertos jamás llegan á templar su aridez con el agua ni con la brisa de los montes. Los huracanes en ningun sitio desencadenan con más furia; precipítanse los rios formando grandes torrentes; y chocando sus olas, se agitan espumosas como el Océano durante la tempestad, hasta que mezclados atraviesan los interminables campos, para llevar al mar la guerra más bien que el tributo de sus aguas.

El valle de Cachemira principalmente, formado por la cordillera del Himalaya, que allí se divide en oriental y occidental con los nombres de Paropamisio y de Imavo, fué, por su felicísima situacion, tenido en concepto de algunos por el paraíso terrenal, donde cuatro rios, difundian la vida y la frescura, y donde se levanta el monte Merú habitado por el poder de Dios y por los cuatro animales fuertes. El Indo, bajando de aquellos montes, atraviesa el Pendjab, y forma al sur una delta que las aguas convierten regándolo en un jardin delicioso. En este país el hombre tiene robustas formas, son graciosas y armónicas la de la mujer, y ambos bénevolos con los extranjeros, enemigos de hacer daño no sólo á los hombres sino á la más pequeña criatura, alimentándose pacíficamente de leche, de arroz y de los frutos que dan la natural fecundidad del terreno; moderados en sus deseos, pacientes en la fatiga y en la opresion, aficionados á la meditacion y la vida contemplativa.

Tal es el país que los antiguos veneraban como maestro; que fué como un arcano para sus ojos; que Alejandro no pudo conquistar; cuya tenaz civilizacion fué abatida, aunque no desarraigada, por la espada de los musulmanes; y que ahora se encuentra abandonado á la sagaz especulacion de mercaderes, que ya que no dejen de usufructuarlo en propio provecho, todavía tienen el mérito de haber puesto término á la débil y rapaz administracion de los rajas nacionales, y á la cruel é insaciable codicia de los nababs musulmanes. Así, en el espacio

de seiscientas leguas, ochenta millones de indios consideran como libertadores á estos tiranos europeos que les dejan continuar sus pacíficas tareas, fabricar sus tejidos finísimos, permanecer absortos en sus éxtasis y acabar sus dias con el suicidio. Acaso modificado su deseo de quietud, objeto principal de sus votos, con la actividad inglesa, podrán algun dia presentarse otra vez en la escena del mundo civilizado, unidos con él en santa fraternidad de amor, de obras y de creencias.

La expedicion de Alejandro Magno en lo antiguo, y en los tiempos modernos los establecimientos portugueses é ingleses, fueron los que nos dieron á conocer á este pueblo, monumento vivo de una raza anterior. Los soldados del Macedonio conocieron casi únicamente el Pendjab y la parte bañada por el Indo; pero de los modernos es más conocida la costa oriental de la Península situada á este lado del Ganges. Los primeros, sin embargo, no podian comprender una civilizacion tan distinta de la griega; y aquellos mismos que la vieron por sus propios ojos, contaron cosas que fueron tenidas por fabulosas, hasta que los descubrimientos sucesivos han demostrado que no fingian, sino que interpretaban falsamente ó exageraban. Por tanto, el estudio de aquel país ha quedado en la infancia, siendo un estudio de curiosidad más bien que completo y científico hasta la época presente, en la cual ha sido objeto de las tareas de elevados ingenios y diligentes investigadores, que nos han hecho admirar aquellas estupendas reliquias, y han demostrado la falta de fundamento con que no sólo la Grecia sino también el Egipto pretenden la prioridad entre las naciones.

Aquel pueblo, cuyo carácter especial es la imaginacion, parece que tiende siempre á emanciparse del mundo positivo, y á trasladarse á la region de las ideas. Así para él la geografía es puramente mitológica, y en la inmensidad de sus *calpas* de centenares de millares de siglos, la Historia se confunde y aparece esencialmente mezclada con la fábula.

Se llaman *calpas* las edades del mundo cuya duracion ha sido multiplicada ilimitadamente por la fantasia india, como si obligada á resolver los grandes problemas del origen de las cosas y del mal, hubiera creído, cuando ménos,

alejarse lo incalculable del tiempo. El año humano de los Indios es de 360 dias; el de los dioses de 360 años humanos; y durante la vida de cada dios, 12.000 años divinos, ésta se iguala á 4.520.000 de los nuestros. Sin embargo, tan dilatado espacio de tiempo no es más que un dia de Brama, calcúlese lo que será un año!

Cada edad del mundo es la vida de un dios, esto es, 12.000 años divinos, y se divide en cuatro *yugas* ó épocas, durante las cuales el espíritu creador se aleja cada vez más de su vigor primitivo. «En la primera edad, la justicia en forma de toro se mantiene firme sobre sus cuatro piés; reina la verdad; los hombres exentos de enfermedades, llenan todos sus deseos y viven 400 años. En las siguientes, la justicia pierde sucesivamente un pié; las honestas utilidades se disminuyen gradualmente en una cuarta parte, y otro tanto se acorta la vida humana; hasta la estatura del hombre merma, y al terminar la última edad, que es la presente, los hombres, convertidos en pigmeos, y no tendrán fuerza para arrancar de la tierra la menor planta sin el auxilio de algun instrumento á propósito.» Esta edad empezó mil años antes de Cristo, y durará cuarenta siglos.

Poco cuesta á la imaginacion acumular los siglos; pero en este espacio ilimitado, ¿es posible encontrar algun punto fijo? Y aun cuando aparezcan tres períodos distintos, señalados por graves mudanzas en la religion, todavía por más esfuerzos que se han hecho, no se ha podido fijar con exactitud una sola fecha antes de Cristo; y aun los hechos averiguados no comienzan sino hácia el año 1.000 de la era vulgar.

## CAPITULO XII.

### EGIPTO.

#### Fuentes históricas.

Los egipcios, como todos los demas pueblos, tuvieron tradiciones alegóricas y épicas; los sacerdotes mostraban abultados rollos de papiro; pero el tiempo lo ha destruido todo. Moisés nos da un retrato fiel del Egipto en sus tiempos, no una historia; y los escritores hebreos sucesivos no bablan palabra de aquel país sino cuando sus vicisitudes tienen alguna relacion con los

sucesos nacionales. El escrupuloso Herodoto viajó por aquella parte como unos 60 años despues que los persas derribaron el trono de los Faraones, y recogió noticias de los sacerdotes de Menfis; despues Diodoro las obtuvo de los de Tebas, y Maneton, *sacerdote y gramático de los sagrados recintos de los templos de Egipto, de raza sebitica y ciudadano de Heliópolis*, reinando Tolomeo Filadelfo, escribió un tratado sobre el Egipto.

Acudieron los tres historiadores á los tres centros del saber egipcio, es decir, á los templos de Menfis, de Tebas y de Heliópolis, cuyos sacerdotes habian conservado las memorias de los sucesos. Pero estos mismos sacerdotes las ocultaban del vulgo y las desfiguraban para los curiosos. Ya en tiempo de Herodoto habian dificultado la lectura de los geroglíficos; de suerte que de todo cuanto habia en un gran rollo de papiro, no supieron revelarles sino meramente los nombres de 330 reyes, y lo poco que le refirieron hacia relacion tan sólo á su templo, y consistia en alabanzas de los reyes que los aumentaron y favorecieron, y maldiciones contra los que habian hecho servir el arte para otros edificios. Ni aún le dijeron todos los nombres de los reyes, pues que todavía descubrió otros Diodoro, el cual proclama haber examinado atentamente cuanto afirma, trata á Herodoto de fabuloso, y se aprovecha de los escritos de Cadmo, Hellanico, Hecateo y otros autores hoy perdidos. Pero también á Diodoro le engañaron los sacerdotes, acaso engañados ellos mismos por las diversas interpretaciones á que estaban sujetos los escritos y símbolos sagrados.

Maneton parece que debió tener á mano documentos más seguros; y en efecto, los descubrimientos sucesivos acreditaron hasta cierto punto de exacto su catálogo de los reyes de Egipto, mostrándolo conforme con los nombres conservados por los geroglíficos, especialmente en la parte relativa á las dinastías XVIII y XIX. ¿Pero se contenta la historia con nombres? Y si no se contenta, si busca hechos, ¿qué confusión, qué contradicciones entre las obras de los distintos autores, y aún entre los escritos de un mismo autor! El más ilustre de los reyes egipcios fué Sesostris; ahora bien, Flavio Josefo niega que fuese rey; Maneton y Cheremones lo suponen hijo de Amenofis, príncipe pusilá-

nime, que asustado de ciertos portentos y predicciones, huye ante un tropel de leprosos amotinados, y se refugia en Etiopía, y Lisímaco ni siquiera lo nombra. Maneton sigue diciendo que Amenofis, al salir de Egipto, confió á su amigo Setos la tutela de su hijo, de edad de cinco años; y Cheremones por otro lado afirma que la reina estaba en cinta de este hijo, que le dió á luz en una caverna, y que cuando fué adulto recobró el trono de su padre. Diodoro, que relega á Maneton entre los sacerdotes autores de cuentos inverosímiles, ve en Amenofis un héroe que con su cordura prepara la gloria de su hijo; que reúne cuantos varones nacieron en en el mismo día que aquél; que los hace educar con él y como á él, y le forma por este medio una guardia que le facilita el logro de señalados triunfos.

Cuando acerca de estos reyes hay tantas contradicciones, ¿qué sucederá respecto de los otros, ménos célebres y más antiguos? Ellos creyeron inmortalizarse con edificios indestructibles; sin embargo, ni aún el nombre de los fundadores de las Pirámides ha sobrevivido; y Herodoto confiesa que sólo desde el tiempo de Psamético adquieren los sucesos de Egipto el carácter de ciertos, acaso porque entonces se abrió entrada en el país á los griegos, fundándose una colonia de jonios y de carios en la region llamada los Campos.

Provecho mayor se saca del estudio de los monumentos, testimonios de la antiquísima civilización de un continente, que presenta también los rudimentos más mezquinos de una nueva civilización que ahora empieza á nacer. Desde el Mediterráneo hasta el Sennaar y hasta las ruinas de Axum, cerca del 14° paralelo; y desde el desierto de Libia al Golfo Arábigo, millares de monumentos anuncian la existencia de pueblos, cuyas artes, costumbres y culto dejaron en ellos impresas iguales marcas, y que por espacio de siglos debieron marchar con igual paso.

Muchos viajeros habian descrito los monumentos egipcios, y Pokoke y Norden mejor que los demas, aunque demasiado incompletamente, cuando Napoleon, al terminar el último siglo, llevó al país una comision de artistas y hombres científicos que fielmente copiaron los edificios, las inscripciones y los sitios. Sin embar-

## CAPÍTULO XIII

Tiempos antiquísimos.

Es inegable que los egipcios recibieron de otro país la población y la cultura. Tal vez algunas tribus del Asia Meridional, atravesando el Mar Rojo, se extendieron por Etiopía, donde vivieron primero entre las rocas y en las cavernas, descendiendo despues al Egipto á medida que éste se purificaba de las consecuencias del diluvio. El nombre de Arabia, en efecto, era comun antiguamente á las dos orillas del Eritreo. Manes, primer maestro y rey del Egipto, tiene nombre, atributos y vida parecidos á los del Manú indiano; Jones y Langlés han advertido mucha semejanza entre las voces radicales egipcias y las sanscritas; y Blumenbach, comparando los cráneos, ha encontrado en parte de ellos señales de su origen etiópico, y en parte signos característicos de la raza indiana.

Volney fué el primero en sostener que los egipcios fueron negros, y apoyaba su opinion principalmente en el rostro de la Esfinge, que consideraba como tipo de la raza indígena. Pero posteriormente se ha podido averiguar que la nariz habia sido mutilada; y entre las piernas halló el retrato del rey del cual era emblema, con perfil aguileño. Pritchard aclaró los pasajes antiguos que parecian favorecer aquella hipótesis; y parece ya fuera de duda que los egipcios conocian perfectamente á los negros y los distinguieron en sus pinturas. Por lo demas, se daban el nombre de *Hamitas*, nombre que la Escritura da también á los tres pueblos de Cus, Phut y Canaan. Estos dos últimos fueron ciertamente blancos; y el nombre de Cus designó á los pueblos del Nilo superior, que en los monumentos Egipcios son siempre blancos.

El viaje anual que segun Homero hacian los dioses desde el Olimpo á etiopía, como á país hospitalario y generoso en punto á ofrecer sacrificios; y el llevarse cada año la imágen de Júpiter Ammon hácia la Libia, volviéndola á traer á Egipto al cabo de algunos dias, indican que los egipcios reconocieron á sus dioses, esto es, á la civilización de los etíopes, los cuales se consideraban anteriores en tanto tiempo á los egipcios, cuanto eran posteriores á los indios. Pero sabido es que los antiguos confundieron

go, pocos ejemplares circularon del viaje de Denon, y por otra parte, sus dibujos, aunque admirablemente dirigidos, se hicieron en escala demasiado pequeña; y mucho ménos podia divulgarse la gigantesca *Descripcion del Egipto* que comenzó á imprimirse en 1811 bajo los auspicios del gobierno imperial francés. Escribieron despues sobre los monumentos egipcios Hamilton, Leake, Pankouk, que se valieron para ello de los materiales citados; el italiano Belzoni, observador justo y exacto, aunque escaso de erudicion y de aquella imaginación tan necesaria á los anticuarios; el general Minutoli, que con exactitud diplomática copió aquellos monumentos en su viaje; el francés Caillaud que descubrió las ruinas de Meroe, madre de Tebas, y describió, atravesando la Nubia y el reino de Sennaar, una série de obras colosales semejantes á las de Egipto. Las dos expediciones francesa y toscana, la primera presidida por el jóven Champollion, y la segunda por Hipólito Rosellini, extendieron mucho nuestros conocimientos acerca de aquel país, aunque no tanto como se esperaba. Verdad es que el Egipto parece el predilecto de los arqueólogos de nuestros dias; y acaso no hay un sólo anticuario ilustre que no haya tratado de él, cada escritor corrigiendo ó impugnando á otro, y explicando los monumentos de diverso modo. Entre tanto, una crítica desapasionada, leyendo las inscripciones de aquellos monumentos, ha notado que eran modernos los que se habian creído de remotísima fecha, y de ellos ha deducido que los egipcios continuaron sus primitivos estudios, artes y modos de vivir aún despues de la conquista de los persas, de Alejandro y de los romanos; tanto, que pueden atribuirse á tiempo posteriores monumentos que se han juzgado antiquísimos.

Ahora, informado el lector de la incertidumbre en que nos vemos envueltos respecto de este punto, pasaré á exponer lo que tenga más probabilidades de verdad, dividiendo la historia de los egipcios en tres períodos: el primero desde los tiempos más remotos hasta Sesostris (1500 a. C.); el segundo (650), desde éste hasta Psamético; y el tercero (528), que comprenderá los tiempos posteriores hasta que la conquista de los Persas vino á eclipsar la gloria nacional de los egipcios.